

ADMINISTRACION JENERAL
CALLE DE BUENOS-AYRES NUM. 207.
Este Diario se publica por la IMPRENTA
de SU NOMBRE, establecida en la calle de
Buenos-Ayres número 207. - La suscripcion DOS
PESOS al mes y TRES PESOS para la
ciudad de la Union. La suscripcion se PAGA ADE-
LANTADA en ambas partes.

EL ORDEN

AGENCIAS DE ESTE DIARIO.

Se reciben suscripciones en su administra-
cion, en la Libreria Nueva calle de 23 de mayo
num. 207, en la Libreria Argentina del Sr.
Barra calle de las Camaras num. 92, y en la
Libreria de la Gran Vía num. 250 y 252, de Paris,
calle del 25 de Mayo num. 250 y 252. Los arti-
culos solo se reciben en su oficina calle de Buenos
Ayres num. 207.

ÓRGANO DE LA POLÍTICA, COMERCIO Y LITERATURA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL.

ULTIMAS FECHAS.

EUROPA.	AMERICA.
BRUXELAS. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.	BRUXELAS. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19. 20. 21. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31.

ALMANAQUE.

El 23. Domingo de Pascua. - Santos Jorge y
Pedro mártires.
El sol sale a las 6 y 33 se pone a las 5 y 27.

CORREOS PARA EL INTERIOR.

Salen el 1.º y 16 de cada mes, recorren el 11 y 31.
Cada día se reciben en la administracion de Correos
la oficina del día ante por a su salida.

Comunidad pública.

Cada día, cada hora que pasa, mas
crítica es la crisis monetaria: la es-
carpa de cambios es cada vez mayor:
se encuentra cambio sino pagan-
do un seis por ciento de premio y en
este caso abunda. Si fuera posible
portar este abuso con alguna disposi-
cion que igualase las pérdidas del que
paga y el que da: pediríamos a las auto-
ridades disminuyan un sacrificio que
es siempre sobre el mas necesitado.

LITERATURA.

Consideraciones.

Montevideo es la ciudad de la América
Española, que puede compararse
al Fenix. En efecto renace de sus cen-
izas.

El aspecto de las poblaciones hispano-
americanas, segun la relacion de los via-
jes mas modernos, revela la decadencia de
esos desgraciados pueblos que, victimas
de las intrigas de los caudillos, se han
despedazado marchando en pos de májicas
encantadoras palabras. Ninguna mejora
material se nota en esas poblaciones en
esta hora próspera.

No se levantan edificios nuevos, los que
existen se desmoronan sin que la mano del
tiempo ataje la obra del tiempo. La yer-
ra crece en las plazas y en las calles—se-
ñales todas de miseria, de degradacion, de
tristeza y de desolacion. ¡He ahí caudi-
los vuestra obra!

Tambien Sta. Ana ha usado el lenguaje
de ardiente amigo del pueblo. Tambien el
apofañado siempre los santos nombres
de libertad, de independencia, de humani-
dad. He ahí destinado siempre a traba-
jar para la desgracia de su pais despues
de haberse bañado en la sangre de sus her-
manos, comprometerlo en una cuestion in-
justa con la Francia, promover despues
una guerra con los Estados Unidos de que
solo recayó miserias, derrotas y humilia-
cion. He ahí a ese prototipo de los cau-
dillos americanos, expresion del egoismo
y de la personalidad, renegando de sus
antecedentes y preparando las vias para
coronarse Emperador. (1)

Los Estados Unidos anexándose el ter-
ritorio mejicano impedirán que tanta infa-
ntia se realice. A los que entre nosotros
se oponen a la Union, les diremos tambien
que el Brasil está a nuestras puertas. . .

Insensiblemente nos hemos alejado de
nuestro objeto. Deciamos que Montevideo
era una ciudad que contrastaba con el as-
pecto de decadencia que presentan la ma-
yor parte de las ciudades hispano-ameri-
canas. Y a fé que no es porque Montevi-
deo no haya sufrido todos los horrores que
consecuencia de ese vértigo fraticida
se ha apoderado de los hijos de los Es-
pañoles en América. Sin embargo, véase
a esa joya codiciada del Plata, salir mas
hermosa y brillante despues de nueve años
de guerra y desolacion, verse coronada
de hermosos edificios, con sus calles alum-
bradas a gas, siendo la primera ciudad de
Sud América que hace uso de esta inven-
cion de lujo y de progreso. Cual es el hijo
de Montevideo que no se llena de orgullo
al contemplarla, cada vez mas bella; con
su hermoso teatro nuevo que será uno de
los mejores de esta parte del nuevo mundo;
sus asilos para la humanidad doliente, su
nueva y magnífica Aduana que tanto ad-
ornará la poblacion del lado del Puerto. Y al
hablar de este edificio no podemos menos
que deplorar que no se concluya. ¡Que
gloria para la administracion del Sr. Co-
nel Flores no sería dejar acabada la
Aduana mas monumental de la América
Meridional! ¿Porqué no se sigue? No hay

un contrato solemnemente celebrado con los em-
presarios que son extranjeros! Será acaso
por haberse hecho este contrato por la Ad-
ministracion Giró! Eso sería una miseria.
El pensamiento no fué del Sr. Giró; el no
hizo sino aceptarlo, como lo habria acep-
tado cualquier administracion, tan ven-
toso era. Por Dios! que por algunos miles
de pesos al año no quede inacabado edi-
ficio tan importante. El y las obras que lo
complementan, quedando así, revelarían
nuestra desidia y nuestro abandono pro-
verbial. Creemos sin embargo que no será
así, que la actual administracion dejará
acabada esa grande obra, que, concluida,
será un monumento de nuestros adelantos,
que ocasionará crecidas economías al erar-
io, pues deberán instalarse en él diversas
Oficinas por las cuales paga hoy el Estado
erecidos alquileres; y nuestro Puerto que-
dará completamente al abrigo de los des-
truyos del pampero. Oh! creemos que es-
tas razones pesarán algo en el ánimo del
Sr. Coronel Flores y sus ministros y que
propenderán a que no pare una obra ya tan
adelantada y que tanto honrará al país.

Tratándose de ornato y de mejoras ocu-
rro naturalmente preguntar porque no se
concluye el frente de nuestra bella Iglesia
Matriz. Si no hay fondos reunidos, hay
sentimientos religiosos y deseos en toda la
poblacion de ver acabado ese monumento
dedicado a la religion de nuestros padres.
El abandono y la incuria son siempre fu-
nestos. Ese frontis, en el estado en que
está, produce un efecto detestable. La
incuria hace olvidar que los maderos que
se colocaron hace 10 u 11 años en las to-
rres, deben estar podridos por la accion
destructora del tiempo y que puede el día
menos pensado quebrarse alguno de ellos
por su propio peso, y ocasionar la muerte
de alguno o algunos de los fieles que van a
orar al templo.

La bóveda de esa bella iglesia está en un
estado tal de degradacion que amenaza ru-
ina. Sin rebuque por la parte exterior, el
agua filtra, llevándose consigo la mezcla que
une los ladrillos y debiera hacer cuerpo con
ellos. De manera que, siguiendo así, no
sería extraño se desplomase algun ladrillo
y es sabido que faltando en una bóveda la
ligacion y solidez, se desploma naturalmen-
te. ¡Ahora bien, es escusable tanta desidia!
Al entrar en esa iglesia y al mirar sus
altas y hermosas bóvedas, donde tan pa-
tente está la accion destructora de la hu-
medad, naturalmente se pregunta uno. Por
ventura esta iglesia no tiene Cura! Que
camino llevan sus rentas! Se descuida así
la santa casa de Dios. . . ? ¡Misterios del
corazon humano! Salgamos por Dios de
tan degradante incuria. Hagamos algo,
que no se diga que solo somos aptos y acti-
vos para el mal y para consumir la obra
de destruccion.

Un Bachiller, que no es de
Salamanca.

VARIETADES.

Eloraz inocentes.

I.

Hay ciertas ocasiones en la vida que des-
pertando en nuestra alma un sentimiento
tierno, ponen en agitacion nuestras afe-
cciones, y reconcentrando el espíritu pare-
ce estaciado, contemplando en los diferen-
tes licores de la existencia, algo que ella
tiene de sublime y hermoso, de envidiable
e ingenuo.

Comparando en tales momentos los mis-
terios de la vida; poseído el corazon de ha-
lagos lisonjeros, cuando encontrados sen-
timientos lo afectan, y diferentes objetos le
rodean, varias son las ideas que bullen en
la mente a la presencia de los diversos cua-
dros que la sociedad ofrece a cada instante.

Y quien no habrá sentido alguna vez tan
bellas emociones? quien no habrá sentido
latir el corazon al impulso de los instintos
del alma, cuando en la sociedad y en los di-
ferentes estados de la vida, encontramos a
cada paso algo que nos eleva y conmueve!
Susceptible a las impresiones, el hombre
encuentra siempre en las varias agitacio-
nes de su espíritu *un no se que*, que se pro-
pone investigar, por que se fija en su pen-
samiento afectando su sensibilidad y pro-
duciéndole un placer sincero, sobre todo,
cuando le recuerda una época pasada; por
que hay para nosotros horas inocentes, aun
cuando hayamos salido de aquella edad de

delicias, y aun cuando hayamos apurado el
caliz del placer.

Si sencilla y natural vá a ser nuestra his-
toria, sencilla y natural nuestro lenguaje,
que narrando con el colorido de la verdad
el móvil de una conversacion inocente, lle-
vará el sello de la originalidad; pues go-
zando en aquellas horas, gozamos al recor-
darlas, por que hay para el alma horas de
pureza, como de amor y desconsuelo.

II.

Era de noche. La luna con sus platea-
dos resplandores asomaba recién, reflejan-
do en los edificios de esta ciudad. Un zéfi-
ro suave templaba el aire caloroso del es-
tío; y las ventanas abiertas veíanse hermo-
sadas por nuestras bellas damas, que sen-
tadas a la reja parecían admirar las dulce-
zas de una noche apacible. . . .

De visita en una casa, entro los diferen-
tes puntos sobre que versó la conversacion
se habia pasado a la historia natural de
nuestro país: se hablaba precisamente de
las aves que aquí llamamos *terru-terros* y
cente-veos, cuando una niña llena de son-
risa que en los primeros albores de la vida
parecía examinar cuanto la rodea, pregun-
tó el origen del nombre de esas aveci-
llas que con frecuencia oía nombrar.

—Diósele a entender que por anomato-
peya es decir, por la voz que expresa el can-
to de esos pájaros, se les habia dado tal
nombre.

—Ah! no sabía, dijo la cándida niña
sonriendo con celestial dulzura acompaña-
da de todos los oyentes.

Ah! y cuanto es bella esa edad querida
exenta de doblez, cuando todo en ella es
puro, y cuyos encantos no se comprenden
sino despues de esa transicion indispen-
sable, despues de pasar de esa alborada feliz a los
primeros instintos de la realidad de la vida.
Y en los próximos momentos de esa tran-
sicion, donde todo es nuevo para nosotros,
¡cuanto es el placer del que la ha pasado
ya, al admirar tan dulce candidez! muchas
veces una lágrima tierna corre por sus me-
jillas producida por las impresiones de su
sensible corazon! muchas veces el senti-
miento ahoga en su pecho un prolongado
suspiro!

III.

—Quisiera conocer esas aves, repitió la
jóven beldad, que nunca he visto.

—Y no querías una!

—Oh! sí, déverás que sí!

—Las buscaremos para que las conozcas
y las tengas en una jaulita.

—De veras: querría tenerlas: y cantan?

—Sí, cantan; pues no han de cantar!

—Y cómo!

—Teru—teru. . . ven te veo.

—Jesus! cantan como se llaman.

—Como se llaman. . . ni mas, ni ménos.

—Me están engañando.

—Engañando, nó.

—De veras!

—De veras.

De veras, no era un engaño para la ni-
ña cuanto se la decía, y sin embargo su
inocencia y candor excitaba la risa, no una
risa sardónica sino injénua, producida por
su misma ingenuidad. De veras! ya apli-
caba perfectamente bien esta palabra con
tono de duda, como reconociendo la falsa-
dad del mundo en cuya senda entraba: como
viendo al través de una bruma una nue-
va faz para su existencia, un nuevo modo
de proceder en la sociedad con quien tenía
que estar en relacion. Pasar de una edad
a otra, es una transicion semejante a la de
verdad a la mentira; de la ilusion a la reali-
dad.

El mundo entonces es amigo, despues
enemigo: primero embriaga el alma cuando
ella no comprende, de placeres puros, de
deliciosos e inocentes; pero despues ay! . . .
despues convierte la primera edad en ilu-
siones, solo nos dá de ella una reminiscencia
que mezclada con el presente nos ocasiona
un tormento, rápido para unos muchas ve-
ces y para otros mas tardío.

IV.

Las nueve de la noche daba el reloj de
la Matriz, y dos hombres pasaban por la
calle.

—La jóven sentada en la ventana, quie-
nes serán aquellos, preguntó.

—Dos *terru-terros*, no los ves!

Esta respuesta fué muy distinta y

ella, y sin embargo se sonrió todavía; pero
su risa era inocente y quedó pensativa.

Alguna idea ajitó su corazon! No serian
de cierto las aves lo que investigaba en
aquel momento; era algun arcano del alma
que la razon no comprende, del cual no
obstante saca una secreta nocion.

Ella comparaba en su interior *lo que era*
con *lo que es*: veía el *ayer*, el *hoy* y buscaba
el *mañana*, porque entraba en la edad de
aspirar a algun fin. Consideraba sin duda
que ante la respuesta que habia tenido de-
bia contestar algo y vacilaba quizas, por-
que en la edad de la duda el alma prepara-
da a su desarrollo está algo adormecida to-
davía.

Un poeta sensible hubiera recibido ins-
piracion para toda esa noche, y si habia
pasado esa edad, si sentía en su alma alguna
agitacion, y oclutaba su corazon al-
gun secreto, habria tomado la pluma y
dando libre vuelo al pensamiento habria
dicho.

V.

Dejas la edad hermosa de la vida
Niña inocente primorosa aun,
Que verás pronto una ilusion querida
Hacer latir tu tierno corazon.

Tu no conoces todavía este suelo,
Tu no comprendes tu mision, tu fin:
Tu no conoces el ardiente vuelo
De una celeste y fervida pasion.

Yo tuve como tu tambien un día
De alhagüeño vivir, de dulce paz:
Y de esa edad, distante el alma mia,
Hoy sola jime ambicionando mas.

Tuve una edad dichosa y placentera
Do un porvenir soñaba de ilusion:
Y es esa edad querida y lisonjera
En que ahora niña primorosa estás.

Pero ¡ay! que pronto ajitará tu seno . . .
Palpitará tu pecho de mujer.
Y de esperanzas y delicias lleno
Un porvenir de gloria desearás.

El niño te vendrá, pero primero
Has de sentir amargos sinsabores,
Si fias por Dios, en rápido *te quiero* . . .
Que tu inocente llorarás despues.

Es niña tu mision amar, amar,
Porque el amor allaga nuestra vida.
Y es el amor la prenda mas querida
Que Dios al hombre le pudiera dar.

Pero el amor no es obra del momento
No lo creas niña, no lo creas por Dios:
Si tu alma corre de la dicha en pos
Debes su vuelo niña, sujetar.

Yo se que es bello amar, niña querida,
Como se que el amor penas encierra:
Sé que el amor es lo único en la tierra
Que de bello se puede contemplar.

Se que no es solo material el mundo:
Se que hay en él encantos y dulzura:
Que hay dulce paz, virtud y dicha pura
Para el que sabe cariñoso amar.

Pero ¡ay! es cierto que la vida vuela
Velo de dejando el desengaño ver,
Y ni el amor, ni nada nos consuela
En la edad ¡ay! del triste padecer.

VI.

Tales hubieran sido las expresiones de
un poeta apasionado al contemplar el can-
dor de una jóven beldad, tipo encantador
de la que viviera en su pecho, en las horas
inocentes de una noche, que le habia traí-
do a la memoria las delicias de la edad per-
dida, y dando al corazon un punto de partida
para meditar sobre el mundo y encontrar
la realidad de la vida. No se estríctese el
alma ante ese cuadro patético y sublime,
cuando ella se conserva pura todavía, no
por virtud si se quiere, sino por condicion
inherente a su nacimiento. No es tampoco
lo mas agradable en la sociedad hacer ab-
straccion de sus sofismas y entregarse a la
contemplacion de lo que ella ofrece, trans-
parentando nuestros

que todo en
esta trav
tan "

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

o

deramiento sincero, contemplábamos el can-
dor de una jóven que desarrollándose re-
cien, ignoraba su destino, su porvenir y su
mision, entrando apenas a comprender
cuanto la rodea, que todo es nuevo e in-
compatible con su existencia anterior. Es-
taciados en esto y lejanos de la idea de que
esa jóven pudiera mejorar nuestra suerte
perteneciéndonos algun día como parte in-
tegrante de nuestro corazon, recordába-
mos un pensamiento de nuestro malogra-
do compatriota Adolfo Berro, y decíamos co-
mo él

Dichoso el mortal hermosa,
Que amor encuentre en tus ojos:
Disparás sus enojos
Como las nieblas el sol.

Desecábamos para otro esa gloria, la de-
seábamos no por que nosotros la hubiera-
mos renunciado; sino por que poco ambicio-
sos, fundamos en otro objeto nuestras ha-
lagüenas esperanzas.

J. J. B.

Montevideo, marzo . . . de 1851.

CORRESPONDENCIA.

Templos.

Despues de las fiestas religiosas que han
tenido lugar en la pasada semana, es que
uno palpa la necesidad de aumentar el nú-
mero de nuestros templos. En efecto, a los
que los han visitado en esos días, debe ha-
berles parecido, como a nosotros, bastan-
te reducidos para la poblacion de esta ca-
pital, que como es muy natural, tiende a
aumentar considerablemente. De ahí viene
la necesidad de edificar dos templos mas,
al menos, en el circuito de la nueva ciudad.
Ahora años, en época mas feliz, se trató de
construir un templo en el local en que ha-
bia estado el antiguo Cementerio—Para
esto se habia reunido ya una considerable
cantidad de materiales; pero la fatalidad
quiso que todo haya desaparecido, sin sa-
berse su paradero. Queda solo la idea, idea
feliz, que patrocinada por el Superior Go-
bierno y con el concurso de los vecinos, y
de todos los cristianos que se interesan en
los progresos de la Iglesia, sería muy pron-
to realizada.

Para Nosotros, la accion benéfica de un
Gobierno no solo debe hacerse sentir en la
actualidad, sino que debe dejar pruebas
elocuentes para lo futuro de su buena admi-
nistracion—Hay algo que debe influir po-
derosamente en el ánimo de nuestros go-
bernantes para la construccion de edificios
públicos, y es el que casi todos los que
que existen fueron formados por los domi-
nadores extranjeros, sin que nosotros ha-
yamos podido cuidarlos siquiera. Esto, de-
be hacer que por patriotismo y por la nece-
sidad real y palpante que se toca, se dé
principio a la obra.

Se dirá que nuestros templos tienen *sus*
entradas; y que los curas no solo no rinden
cuentas de ella; sino que ni siquiera, por
conveniencia los *conservan*. Esto desgra-
ciadamente es cierto, pero ¿a quien la culpa
—al Gobierno que como Patrono de la igle-
sia nacional está encargado, o mas bien di-
cho, tiene el deber de velar por la justa
inversion de los fondos y por su buena apli-
cacion. El gobierno tiene para eso el dere-
cho de nombrar un Síndico que intervenga
en las entradas de la iglesia; y si él por
sus atenciones quiere delegar esa atribu-
cion importante en las juntas económicas
puede hacerlo y la nasyon reportará gran-
des ventajas. *Tempus est ut incipiat judi-
cium ab domo Dei*; ya es tiempo que em-
piece la reforma por la casa de Dios; ya es
tiempo que penetre la luz en la adminis-
tracion interna de nuestro curatos: ya es
tiempo tambien que nuestros gobiernos las
hagan efectivas. Jesucristo ha dicho que su
reino no es de este mundo; porque su reli-
gion esencialmente divina como su divino
fundador—significa virtud—desinterés y pu-
reza. ¿Significa en fin la nobleza en las ac-
ciones y la perfeccion en los sentimientos.
—Todo lo sublime, lo maravilloso, lo divi-
no se encuentra perfectamente descrito
en las páginas santas de nues-
trios. Y cuán opor-

